

XIII

LA LANZA ENMOHECIDA

UNIVERSIDAD DE MONTEREY
BIBLIOTECA DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
CALLE DE LAS ARTES
C.P. 39100 MONTEREY, MEXICO

XIII

LA LANZA ENMOHECIDA

YAMATO, después de rápida carrera al Yosi-
Wara y de una entrevista secreta con
el Pájaro-Flor, se mete de lleno en un
barrio pobre de Tokio, y, habiendo buscado en
vano largo rato, se hace indicar por un agente
de policía que lleva uniforme moderno, el para-
dor que tiene por nombre « La lanza enmohe-
cida. » El parador se halla en una casita baja,
de carcomidas maderas y completamente negra
bajo la lluvia que cae continuamente ese día. Y
debe de ser muy vieja la pobre casuca y no sacri-
ficar nada á los gustos nuevos, pues en vez de
cristales conserva los trozos de papel, y no hay
mucho luz en su interior, sobre todo en ese día
sombrio.

Antes de entrar, Yamato oculta en un ángulo su paraguas inglés, pues no quiere llamar la atención de nadie, sabiendo como sabe que en ese lugar toda novedad es una execración.

El dueño, un viejecito con el rostro completamente erizado de pelos blancos, adelanta, saluda según las fórmulas antiguas, y, á pesar de su edad, se prosterna.

Yamato, afectando la orgullosa altivez de los antiguos nobles, deja pasar un rato antes de decirle que se levante.

— Según me han dicho, samourayes fieles á las tradiciones del pasado, envejecidos en las batallas, que desdeñan los viles oficios y que soportan con orgullo la miseria, frecuentan vuestra casa.

— Sí, monseñor, — responde el hostelero que después de grandes esfuerzos consigue ponerse en pie. — La mayor parte de los que aquí vienen son héroes desconocidos que viven de recuerdos y se mueren de hambre noblemente.

— ¿Tenéis algunos en este momento?

— Algunos que fueron célebres están ahí.

— ¿Podría verles un momento sin ser visto?

El hostelero mueve su vieja cabeza con perplejidad.

— Vivimos en tiempos muy difíciles, — con-

testa. — Lamentar el pasado viene á ser lo mismo que deplorar el presente, y como eso á veces constituye un delito, no puedo exponer á mis nobles huéspedes á las miradas de un desconocido.

— Tranquilizáos, noble anciano, — replica Yamato. — Yo no pertenezco á la policía, y en los tiempos no muy lejanos en que todavía había vasallos, lo fui del ilustre daimio de Kama-Koura: allá en el fondo de mi corazón, lo sigo siendo. Yo quisiera interrogar á esos valientes con respecto á sus soberanos, y creo que eso, lejos de molestarles, habría de serles grato. Mirad, — añadió entreabriendo su manto; — yo mismo incurro en grave falta.

Y al descubrirse, puso de manifiesto dos puñales ocultos entre los pliegues de su túnica.

— ¿Y por qué, monseñor, — pregunta el hostelero, — deseáis ver á los *Soshis*¹ antes de hablarles? ¿Creéis acaso que reconoceréis á alguno?

— No, — contesta Yamato. — No tengo más que veinticinco años, y sólo tenía tres en la época de la revolución, de modo que no podía tener el honor de frecuentar á los guerreros.

¹ Valientes.

Quisiera verlos para adivinar los grupos á que pertenecieron con objeto de evitar que mis palabras puedan molestarles.

— En este caso, venid, — dice el hostelero corriendo una puerta cuya húmeda madera resiste un poco.

Y entonces Yamato puede ver que el parador es más grande de lo que parece y en un principio se ha figurado. Juntos cruzan un patio que rodean edificios desmantelados pero sólidos todavía, y juntos suben algunos escalones mojados por la lluvia hasta llegar á una galería cubierta en la que sacuden sus vestidos.

Cierto ruido confuso primero y que se hace distinto cuando el viejo separa, unos centímetros nada más, la hoja de madera que sirve de puerta, llega á sus oídos; y á la vista de Yamato se ofrece una sala bastante grande, de desnudo suelo y bajo techo, en la que una docena de hombres manejan la lanza animándose y excitándose con gritos destemplados.

— « ¡ Jo-i! ¡ Jo-i! » (fuera los extranjeros) el grito de guerra de los partidarios del Mikado durante la revolución, domina allí.

Y Yamato, á quien el espectáculo interesa mucho, abre desmesuradamente un ojo y cierra el otro.

Al fondo de la sala, un personaje delgado, vestido con harapos guerreros, se inclina hacia atrás adelantando una pierna y tiene en la mano una lanza de laca roja que termina en cuchilla, y esa lanza la sostiene pegada á la palma de una mano con el pulgar, y la maneja con el índice. A un tiempo le atacan tres adversarios vestidos con análogo traje y armados con armas semejantes á la suya.

Con amenazadoras contracciones de cejas, saltos, vueltas, piruetas y gritos roncós, el hombre que hace cara á los demás levanta ó baja vivamente su arma, rechaza las brillantes hojas de sus contrarios, se pone de nuevo en guardia, ataca, se arrastra ó se yergue, y moviéndose con flexibilidad de fiera y sorprendente habilidad, arranca gritos de admiración á los que presencian la lucha pegados á la pared.

— ¿ Quién es ese? — pregunta en voz baja Yamato.

El hostelero acerca la boca al oído del joven y responde con su voz cascada y temblorosa:

— Ese es el hermano del terrible Oi-Kantaro que después de descubierto el complot contra el ministro Ito, pudo escapar y salir del Japón. La llaman también Kantaro, y á causa de su

hermano y de sí mismo, la nueva sociedad le mira con malos ojos.

— Necesito saber los nombres de los que luchan con él.

— El que está en medio, es Nishino á quien creen cómplice en la muerte del consejero Mori, tal vez por la semejanza de nombre, y él no desmiente ese rumor que le halaga. Ese otro se llama Koyamo, y es indudable que tuvo participación en el asunto contra el virrey de China, Li-Hung-Tchang, asunto ó conspiración, el nombre me es indiferente, que abortó. El tercero se llama Sabouro, y se saben pocas cosas con respecto á él.

— ¡Pero van á matar á Kantaro! Chorrea sangre...

— ¡Ah! Sus juegos, juegos de valientes, — replica el viejo sin conmoverse.

— Vamos, preparad abundante comida, saké sin tasa, y llevadlo todo á esos rudos señores: eso me servirá de introducción.

Y momentos después Yamato está sentado en el suelo frente al feroz Oi-Kantaro cuya frente sangra vendada con venda de tela azul. Enorme montón de platos les separa, y un ligero biombo los aísla de los demás que ruidosamente beben á su salud.

— ¿Que cuántos incendios se contaron después del desastre? — dice Kantaro contestando á una pregunta de su nuevo amigo; — pues la cuenta es infernal. Treina y siete mil cuatrocientas casas; ciento quince templos de Buda, sesenta de Shinto, dieciocho grandes palacios de nobles de la corte, cuarenta y cuatro castillos de daimios, seiscientas moradas de samourayes, cuarenta puentes, tres teatros, mil almacenes, cuatrocientas casas de pobres, y una aldea de mendigos. Y no creáis que exajero, mi estadística es oficial.

— ¿Sabéis cuales son los cuarenta y cuatro castillos de los daimios?

Oi-Kantaro frunce la frente que rodea el ensangrentado lienzo, arquea las cejas, y fija su dura mirada en los ojos de Yamato.

— ¿Teméis algo de mí? — pregunta después de unos momentos de silencio. — Si me habláis claramente es probable que llegaríamos más pronto al fin que perseguís. De mi memoria no se ha borrado ninguno de los acontecimientos de la guerra que aún llamea á mis ojos y zumba todavía en mis oídos. Un detalle cualquiera, insignificante para otro, puede ponerme en la pista que buscáis. Y si no os explicáis con franqueza, andaremos á tien-

tas indefinidamente, perdiendo un tiempo precioso.

— No he tenido otro temor que molestaros por ignorancia, que ofender, sin quererlo, alguna de vuestras convicciones, — contesta sencillamente Yamato.

— Pues hablad sin temor, y contadme vuestra historia. Las cicatrices forman una coraza tan grande, que en mi cuerpo no hay lugar para nuevas heridas.

— A ella voy, — dice Yamato llenando de saké la taza del viejo valiente. — Ya sabéis que soy vasallo de Kama-Koura, y espero y deseo que no estaréis prevenido en contra de mi señor.

— Kama-Koura sigue encerrado en sus dominios y conserva, en la medida de lo posible, las rancias tradiciones. Ninguno de los suyos ejerce cargos en la corte ni toma parte en las abominaciones modernas, y por esto Kama-Koura merece todas mis simpatías.

— Pues bien, se trata de salvar la vida al único heredero del nombre.

— ¿Cómo?

— Encontrando la familia de una personita encantadora que fué robada durante el incendio del castillo...

— Y que el joven señor, sin duda alguna, quiere con locura. Los nobles padres se niegan á aceptar á una mujer sin nombre, y claro está, ¡es preciso encontrar el suyo!

— Eso precisamente.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Historia de amor! Poca gloria puede conquistarse con eso, pero el problema es de solución divertida. ¿Dónde se halla la joven?

— En el Yosi-Wara.

— Naturalmente. Vendida por los ladrones... ¿Qué edad?

— Veintidós años.

— Ya el círculo de la cuestión va siendo más estrecho, — dice Kantaro vaciando su pipa en el cenicero, — y sólo tenemos que buscar entre los cuarenta y cuatro daimios incendiados cuyos hijos eran de corta edad en el periodo de la revolución.

— Es cierto.

— ¿Qué indicios tenéis? Ese paquetito que lleváis atado á la cintura, ¿se relaciona con el asunto?

— Son los únicos testigos del drama, testigos mudos que guardan cuidadosamente el secreto.

— Pues hacedlos comparecer para que les veamos la cara. Vamos.

Separando los platos, Yamato extiende en el suelo un vestidito y un abrigo de niño.

El valiente fija en las ropas sus ojos escrutadores, y los toma luego en sus manos.

— Recortaron las armas; ese era el primer cuidado que debían tener, — dice, mientras pasa sus dedos por los agujeros de la tela.

Delicado y suave perfume surge de los pliegues dominando un instante el fuerte olor del saké. El pobre guerrero aspira ese aroma con dolorosa emoción, y sus párpados se bajan para ocultar el agua que acude á nublar sus ojos.

— Un aliento del pasado que me llega al corazón, — murmura. — ¡Oh! ¡Tan cercano y ya perdido! Cuando esos vestidos fueron cosidos estábamos aún en la época heroica, ya para siempre abolida; el tejido se conserva nuevo, y la trama del destino desgarrada está en mil pedazos. La niña que los vistió es todavía una mujer muy joven: las heridas que acribillaron los vigorosos miembros de los soldados están mal curadas, y henos aquí como fantasmas que volverían después de siglos á llorar sobre ruinas imposibles de reconocer. ¡Oh! ¡Cuántos amargos desencantos encierra para mí ese perfume de otros tiempos!

La voz le falta, se ahoga en un sollozo, y con las ropas del niño se cubre la cara.

Yamato le contempla con la boca abierta, y se siente emocionado, sorprendido más bien por ese gran dolor que comprende mal, pues habiendo nacido demasiado tarde para conocer ese pasado, sin embargo tan próximo, no encuentra palabras para contestar y se contenta exhalando un suspiro compasivo.

Oi-Kantaro levanta la cabeza con orgullo como si lamentase su vergonzosa debilidad, y como la cinta azul que rodea su frente se ha movido, la sangre corre por sus mejillas mezclándose con sus lágrimas. Se enjuga el rostro con movimiento brusco, y arrancándose la venda la arroja lejos de sí.

— Esas son las consecuencias de beber tanto saké, — dice haciendo un esfuerzo para sonreír. — Lejos estamos de nuestra aventura, pero volvamos á ella, pues con toda el alma deseo que concluya bien.

Y de nuevo se pone á examinar los pequeños vestidos.

— No procuran ningún indicio, ¿verdad? — pregunta ansiosamente Yamato.

— ¿Qué os parece el rameado de la tela? ¿qué forma descubris?

— Hojas de palmera tal vez....

— ¿De palmera? No; yo veo otra cosa pero no quisiera engañarme creyendo que veo lo que deseo ver. Mirad con más atención.

— Veo palmas de tonalidades diversas aunque del mismo color.

— ¡Palmas! ¡Palmas! Pues yo veo plumas... ¿No os parece que esto pueden ser plumas?

— Mirando con más atención, creo que pueden ser plumas, pero plumas ó palmas, no creo que eso nos haga adelantar mucho.

— Que las palmas se esterilicen al viento y las plumas no vuelen, y tal vez habremos dado con la pista.

Y diciendo estas palabras, Kantaro se levanta y va á enseñar las ropas á sus compañeros á los que, el saké ofrecido por Yamato empieza á excitar sin que hayan llegado á la borrachera.

— Decididamente son plumas, — grita el valiente al volver.

Y corriendo el biombo que antes había separado, se sienta frente á Yamato que principia á interesarse.

— Entonces, ¿ creéis haber encontrado una pista?

— Tal vez habréis oído decir que frecuentemente los príncipes se hacían tejer telas para ellos

únicamente, y con arreglo á dibujos que ellos mismos procuraban. Este trajecito, probablemente es de una tela de ese género, pues el dibujo es singular y raro. Yo no he visto nunca ninguno parecido. Los escudos de armas que se parecían en los hombros han sido cortados, y si volviesen á su lugar, tengo la seguridad de que nos mostrarían unas plumas de halcón cruzadas y encerradas en un círculo.

— ¡ Ah! ¿ Verdaderamente?...

— Esas son las armas de los príncipes de Ako, ¿ no lo sabíais?

— Efectivamente,... de los príncipes de Ako,... — balbuce Yamato que no sabe una palabra del asunto.

— ¿ No se puede conjeturar que la idea de tomar el motivo de las insignias para ornamentar un tejido acudiese más fácilmente que otros á la imaginación de los dibujantes que constantemente tenían esas insignias ante los ojos?

— Eso ne puede ser más lógico....

— Pues además hay otro indicio. La bandera del grupo era verde y blanca, y como véis, las plumas tienen todas las tonalidades verdes sobre fondo blanco.

— Me asombra vuestra sagacidad, — exclama Yamato verdaderamente maravillado. — Enton-

ces, ¿la que nos ocupa hubiera sido robada al príncipe de Ako?

— No vayamos tan de prisa. Tal vez me equivoco totalmente, pero como no tenemos ninguna prueba terminante, preciso es que se tomen en cuenta las conjeturas.

— Creo que lo primero que debemos hacer es personarnos sin tardanza en el principado de Ako que por lo demás no está muy lejos....

— ¿Existirá aún esa familia? — interroga Kantaro. — Vamos á verlo y no vacilemos, ya que el tiempo apremia. ¿Cuándo nos marchamos?

— Esta misma noche. Hay un tren que sale á las nueve.... ¿Queréis que nos encontremos en la estación de Uyeno?...

Como si una serpiente le hubiese mordido, el valiente da un salto terrible y la cólera y la sorpresa alteran su rostro.

— ¡Yo! — exclama. — ¡Yo!... ¡Yo, en una estación! Y por añadidura montando en una de esas máquinas malditas... Después de lo que conocéis de mi carácter, no comprendo que me hagáis semejante proposición como no sea para insultarme.

— ¡Insultaros yo! Lo decía únicamente para ir más de prisa, — se apresura á contestar Ya-

mato horrorizado. ¿Cómo queréis que viajemos?

— ¡Ah! ¡Ese es un ejemplo de la gangrena moderna! ¿Acaso no se viajaba cuando yo era joven? ¿No se viajaba cuando esos infames bárbaros no habían puesto todavía sus pies en el imperio?

— Pero, ¿no podemos aprovecharnos de sus invenciones sin dejar de odiarlos? ¿No podemos tomar de ellos los medios que nos han de servir para echarlos cuando ya no puedan enseñarnos nada? — dice Yamato con tono conciliador.

Pero, á pesar de sus esfuerzos, no consigue calmar al valiente.

— ¡Sí! Conseguirán encerrar un Japón podrido, desfigurado, después de haberlo olvidado todo, destruido todo, y en él no quedará más que un pueblo de micos disfrazados de un modo ridículo.

Yamato, asustado al ver el sesgo que toma la conversación, se apresura á ceder.

— Viajaremos como queráis, pero démonos prisa. Decid, os lo ruego, lo que decidís.

— El caballo es lo que más conviene á los samourayes.

— Permitidme que os haga observar que llueve muchísimo y que nos calaremos hasta los huesos.

— Nos pondremos cubiertas de paja.

— ¿Cubiertas de paja?... muy bien, — murmura Yamato, y añade mentalmente: — colocando por debajo y bien disimulado un buen impermeable americano. — Voy pues á comprar dos caballos; será mucho más caro, pero como así lo queréis, me someto.

— Os lo agradezco con toda el alma, — contesta Kantaro algo más tranquilo.

— ¿Dónde tendré que esperaros?

— En la puerta de los Nobles, detrás del templo de Shiba.

— ¿A qué hora?

— A la hora de la zorra; la luna saldrá poco después y nos iluminará el camino.

— Allí estaré, — contesta Yamato. — Ahora, permitid que me retire para buscar dos buenos caballos y hacer todos los preparativos.

Y el joven recobra furtivamente en el rincón su paraguas que oculta bajo el abrigo, y sale á la calle sin atreverse á abrirlo. Y mientras pueden verle desde el parador, aguanta el furioso chaparrón.

— ¡Uf! — exclama cuando al volver la esquina puede cubrirse: — creo que he hecho perfectísimamente ocultando este chisme extranjero y tan superior sin embargo á nuestros

paraguas embreados. ¡Anda! ¡Pues y mis botas! Afortunadamente no las ha visto, pues he tenido buen cuidado de cubrirlas constantemente con mi traje. ¿Se tiene idea de semejante antigualla? ¡Pues voy á ponerme bonito! Obligado estoy á trotar por el campo, por caminos imposibles, á vadear ríos, y á tardar tres días para salvar una distancia que puede recorrerse en algunas horas. ¡En fin! Si verdaderamente ha encontrado al príncipe que buscamos sin perder tiempo inútilmente, el terrible Kantaro me presta un servicio famoso y me hace adelantar más que si fuese al vapor.

Y Yamato, terminadas sus reflexiones, cierra el paraguas y entra en un kiosko de tramvía.

— ¿La hora de la zorra? — se dice, — ¿cual será? ¿las nueve ó las diez? Lo mejor será que se lo pregunte al viejo que distribuye los números.

Y acercándose al ventanillo, levanta la voz para hacer la pregunta, pues el vehículo que se acerca silba ruidosamente.

XIV

HACIA EL PASADO

XIV

HACIA EL PASADO

UN junco pesado, de los de antiguo modelo y casi fuera de servicio, alza su pajiza vela y bordea lentamente haciendo esfuerzos por cruzar, á pesar de la falta de viento, un brazo de mar interior.

Como es natural, Oi-Kantaro no ha querido tomar el vaporcito que en esos parajes hace el servicio de los puertos, y Yamato, mas impaciente á cada momento, disimula penosamente su mal humor.

Más de un mes ha transcurrido desde que salieron de Tokío, y fiel á sus principios no ha querido aprovechar ninguno de los medios rápidos aportados por las costumbres nuevas, de

manera que, suscitando mil obstáculos y mil dificultades, el viaje, interrumpido á cada etapa, se ha eternizado. Una disputa que pasó á vías de hecho con los empleados de una aduana, estuvo á punto de echarlo todo á perder, pero por fortuna el nombre de Kantaro no les era conocido, y Yamato, á puro de dinero, había conseguido arreglar el asunto. Amargamente se arrepiente de haberse unido á semejante personaje á quien él mismo ha llegado á tener miedo, y por el momento todo está comprometido... Si se han equivocado, el tiempo faltará para nuevas pesquisas... Y aun en el caso que la ingeniosa conjetura del valiente encierre la verdad, tal vez un desastre espera pues según las desconsoladoras noticias que tienen de la familia de Ako, ya muy reducida cuando la revolución, no queda nadie dado que se extinguió en los horrores de la guerra civil.

Y Yamato no sabía por qué se dirigían al castillo de Ako, sabiendo lo que sabían, y se enfurecía pensando que estaban dando vueltas ante la fortaleza desde hacía algunas horas sin conseguir entrar en ella. La fortaleza y sus dependencias pertenecen ahora á un señor viejo, de legítima nobleza, que había comprado el confiscado dominio y reconstruido las ruinas.

Tal vez encontrarían allí, junto al viejo, alguna

noticia preciosa relativa á la historia obscura y casi desconocida de los señores de otro tiempo. Yamato estaba poco al corriente del pasado cercano, y como los sitios célebres no le recordaban nada, el valiente, que en los comienzos del viaje declamaba por cualquier cosa, en cuanto se hubo dado cuenta de la ignorancia de su compañero, se encerró en despreciativo silencio.

Secretamente y por medio rápido, Yamato había hecho anunciar su visita al nuevo señor de Ako... y el nombre del daimio de Kama-Koura, — ni siquiera lo pone en duda, — hará que se abran de par en par las puertas de la vetusta residencia.

Y de ello adquiere la seguridad en cuanto ve destacarse de la orilla una barca tripulada por diez remeros, barca que sale para socorrer al pesado junco que se halla cautivo en la mar á causa de la calma que reina.

Los pasajeros, que gozosos lo dejan entregado á su pereza, franquean el puente levadizo para llegar á los umbrales del castillo, y Oi-Kantaro no puede retener la impresión de su entusiasmo. Pisa fuerte para que sus pasos resuenen, y con el semblante iluminado levanta los brazos al cielo.

— ¡Al fin os contemplo, murallas famosas!

¡Pisando estoy el sagrado suelo en el que resonaron los nerviosos pasos de los fieles vengadores!

— ¡Vamos! ¿Qué le da ahora á ése? murmura Yamato. — Seguro estoy de que nos pone en ridículo.

El valiente fija en él su protectora mirada y le dice:

— Creo que no os acordáis de que los fieles vasallos salieron de este castillo para vengar á su señor que se había visto obligado á darse muerte.

— Efectivamente, no me acordaba, — murmura en voz baja Yamato.

— No puedo hacerlos la injuria de creer que ignorábais esta gloriosa historia.

— ¿Y quién no se sabe de memoria la historia de los cuarenta y siete Ronines? — responde el joven encogiéndose de hombros. — ¡Bastante nos zumban los oídos con ella!

— Mirad, — continúa diciendo el valiente, — lo que hace vivir una hermosa muerte. Pronto hará doscientos años que se realizó ese noble suicidio, y su recuerdo brilla aún á través del horrible humo de los tiempos presentes que todo lo obscurece. Sus tumbas, que se hallan en la Colina de la Primavera, son lugar de pregrina-

ción para los habitantes de Tokio, y nuestro Mikado, el primer año de su reinado, les concedió el supremo honor suspendiendo la Hoja de Oro sobre su sepulcro. Entonces no tenía más que diecisiete años... ¡Cuánto ha cambiado después!

Yamato aprieta el paso aprovechando el ensimismamiento que el Mikado causa á su compañero, y escapa á la continuación del discurso.

En este momento el noble daimio sale al encuentro de sus huéspedes y Yamato reconoce que es él al ver que todos los servidores se prosternan. Intenta hacer lo mismo, pero el señor se lo impide tendiéndole la mano... ¡Decididamente, el ceremonial se ha suprimido! La sencillez más grande reina en los modales del nuevo dueño del ilustre castillo, y sin embargo en su traje no se nota nada moderno. Lleva hermosa y suave túnica de púrpura oscura en la que hilos de oro bordean salmones con ojos de jaspe. Es un viejecito de largo y amable rostro y de cuyo aspecto se desprende esa soñadora pereza que la ociosidad del cuerpo y la cultura intelectual da á casi todos los príncipes reclusos en sus dominios. Parece muy bueno ó muy indiferente, y al verle cualquiera diría que vive encerrado en sí mismo y que es muy lento para comprender las cosas

exteriores. Dichoso con el nuevo estado de cosas que priva á los señores de la soberanía quitándoles al mismo tiempo las cargas, los deberes y las preocupaciones, se deja vivir, rico, tranquilo, y por completo entregado á sus sueños.

Yamato, andando lentamente al lado del príncipe, le explica el objeto de su visita y al mismo tiempo le dice que ya no tiene razón de ser desde el momento que la familia de Ako se ha extinguido completamente.

El daimio le escucha distraído y de cuando en cuando se para y corta una flor.

Oi-Kantaro se maravilla de la belleza del parque, de las perspectivas azules, del lago rojo, y de los claros arroyuelos sobre los que revolotean miles de pajaritos maravillosos.

Suben á la terraza, entran luego en la fresca penumbra de la sala, y allí se acurrucan sobre acolchadas alfombras de bordado terciopelo.

Momentos después, lindísimas sirvientas traen el té que sirven de rodillas, y el castillo parece una verdadera maravilla.

Las maderas, deliciosamente decoradas, son de los más delicados matices, pero sobre el elegante tokonoma, cuyos pies están formados por dos dragones de madera, brilla un reloj de bronce de Europa que descaradamente muestra la redon-

dez de su esfera del mismo modo que dos butacas y cuatro sillas desentonan cruelmente con el tono grosella vivo de su raso adamascado.

El daimio, equivocándose al ver la mirada con que Oi-Kantaro pretende acabar con los muebles, se excusa por no utilizarlos y dice:

— Los extrajeros son muy pequeños sin duda, y únicamente los niños pueden cruzar las piernas cuando se sientan en las butacas: en las sillas, se pierde el equilibrio.

Yamato explica que es preciso sentarse con las piernas colgando, y esto sorprende extraordinariamente al príncipe.

— Así se deben hinchar los pies, y es muy malsano que los pies se hinchen, — contesta.

Luego se calla pensando en la historia de la niña robada que no despierta ningún recuerdo en su mente. Pero, ¿al comprar el castillo no compró también todos los servidores que en el castillo había? Muchos contemporáneos del incendio deben vivir aún, y llama á su intendente que ni siquiera pestañea al oír la extraña orden de hacer comparecer ante el príncipe á todos los viejos y viejas que sirvan en el dominio.

Poco después se ven llegar, formando grupos, seres temblorosos vestidos con trajes amarillentos ó medio desnudos, con las manos llenas

de tierra ó el pelo lleno de paja. Los más viejos tienen el pelo blanco y enmarañado, y las mujeres se atan apresuradamente por debajo de la barba un pedazo de tela de algodón cuyo desteñido azul hace que su vieja y apergaminada cara parezca aún más vieja.

Y todas aquellas gentes, apenas llegan á presencia de su señor, caen á cuatro patas, hunden la frente en la tierra, y no se ven más que espaldas y nuca.

Se les pone al corriente del asunto, se les interroga, pero no se obtiene ni una respuesta ni un movimiento. Persuadidos de que se sospecha de ellos porque se haya descubierto alguna falta grave, no comprenden lo que se les dice y mantienen la cabeza obstinadamente clavada en el pavimento.

— Tranquilizáos, — dice el príncipe con voz amable. — Yo no he maltratado nunca á nadie. ¿Por qué tembláis tanto?

Ninguno se tranquiliza ni tampoco ninguno rompe el silencio.

Al fin, una vieja bordadora que había llegado entre los últimos grupos, da un grito sin saber aún de lo que se trata, sólo al ver el trajecito con las plumas tejidas que el intendente extiende por las mangas sosteniéndolo con las dos manos.

— ¡Yo soy quien lo cosió! — exclama. — Yo lo cosí con estos dedos viejos que entonces eran jóvenes. Sí, sí, yo cosí este traje para la pobrecita Rocío del Alba, la última princesa de Ako que pereció en el incendio terrible...

Y la pobre vieja extiende los brazos suplicando que le dejen tocar con la frente el trajecito, el trajecito que para ella es venerada reliquia.

— Y no miento, no miento; — repite la vieja, — conservé algunos retales que todavía puedo encontrar...

Kantaro triunfa, y Yamato, muy emocionado, se inclina ante él y le dice á media voz:

— Vuestra sagacidad es realmente maravillosa y me llena de admiración.

— Si el traje se salvó del fuego, — dice el príncipe, — el niño ó niña que lo vistiese se debió salvar también. ¿Hay alguno que tenga memoria de algo, de algún rumor de traición ó crimen secreto? Sacudiros y contestad...

Algunas cabezas se levantan, y un viejo de enmarañada barba con voz que el miedo hace cavernosa habla así:

— Uno de mis parientes, que ya murió, vió á un desconocido que salía por la ventana del pabellón en llamas y llevando en brazos á la pequeña princesa que lloraba y agitaba sus bracitos.